

R. Bodei (2014). *La filosofía del siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial

Sandra Ruiz^a

Remo Bodei retoma y reelabora en este libro parte de una investigación que llevó a cabo entre 1979 y 1981 que a su vez une con una investigación totalmente nueva. La idea es conducirnos a una reflexión filosófica más próxima en el tiempo.

La obra que aquí abordamos se enmarca en un periodo tan intenso como es el siglo XX. Los acontecimientos que más han marcado el último siglo que nos precede y con el que además se ha producido el cambio de milenio se pueden percibir entre las páginas que lo componen, aunque no asoman directamente. El ritmo viene marcado por momentos importantes y destacados que, aunque casi no hay referencia directa, se pueden identificar fácilmente.

El libro se compone de diez capítulos: el primero de ellos arranca con una reflexión sobre el tiempo en Proust que dará pie a la aparición del pensamiento de Henri Bergson y más en concreto el papel que para

este pensador tiene la ciencia. Centra aquí su atención en las categorías de fluidez, movimiento y necesidad. Sin que se produzca un salto brusco, el autor va entrecruzando a otros autores, como por ejemplo Simel y Luckács. Los tres, Bergson, Simel y Luckács, representan el eje común que gira en torno al programa de búsqueda de nuevos lenguajes al mismo tiempo que pretenden la revitalización de una civilización.

Como ya sabemos, a principios del siglo XX los cambios que se van produciendo van anunciando un nuevo horizonte en el que se va a seguir escribiendo la historia.

Esta es la línea que se desarrolla en el segundo capítulo. Será la figura de Bertrand Russell quien nos recordará que gracia a él se consiguió reunir en un corpus orgánico los principios de toda la matemática. Será este último un punto crucial en la importancia del desarrollo de la matemática de la mano de los descubrimientos de los lengua-

^a Universitat de València. Facultat de Filosofia. Departament de Ètica. Avenida Blasco Ibáñez, 30. 46010, Valencia, España.

E-mail: sanruiz@alumni.uv.es



jes formales, la teoría de la matemática de la comunicación relacionada con el cálculo de posibilidades y la teoría computacional que ha resquebrajado el concepto clásico de demostración.

El otro pilar sobre el que se sustentan los cambios del siglo XX es el psicoanálisis de Freud, así como las aportaciones de Jung, y el contrapunto que viene de la mano de Jaspers. Se resume todo esto en el giro-cambio del psicoanálisis que se “acerca” a la filosofía, al existencialismo y a las llamadas Ciencias del Espíritu.

Como hemos dicho, todas las disciplinas tienen su parte en este proceso que estamos viendo. Así, en el capítulo tercero, donde aparecen Durkheim, Weber y Croce como representantes de la filosofía italiana, el hilo conductor es cómo el pensamiento sociológico que va adquiriendo cada vez más forma al tiempo que restablece la exigencia de una objetividad no sometida a refracciones o distorsiones individuales.

En el capítulo cuarto será el historicismo de Dilthey la muestra por la preocupación por la rigidez y la petrificación del mundo histórico. Su postura se debe a la pérdida de la capacidad de descifrar contextos de sentido por parte del individuo y que al final la experiencia histórica acabe por convertirse en un pasado incomprensible. Es esta una filosofía que supone una llamada alarmada ante los acontecimientos que inevitablemente desembocarán en agosto de 1914. El historicismo proporciona a la cultura europea la profunda conciencia de haberse separado del cordón umbilical que unía al hombre con la naturaleza y lo convierte entonces en hijo de su propia historia.

Aparece aquí también reflejado un pensamiento que sigue una ruta diferente: la filosofía de la antropología. Aquí, autores como James Frazer, Emil Durkheim o Lévy Bruhl se distancian claramente de las formas de pensamiento establecidas hasta entonces.

La Revolución de Octubre es un ejemplo de una de las etapas más decisivas del siglo XX y con ella llega el cambio con la pretensión de renunciar a las viejas concepciones religiosas y “mágicas” de la Rusia campesina. El problema que empieza a adquirir mayor fuerza será coordinar el desarrollo de la conciencia de clase, por una parte, y por otra el *atraso* de la mentalidad campesina y de la economía de ámbito rural.

Será Ernst Bloch quien dé inicio a la fase acuñada como “marxismo utópico”. Para Bodei el pensamiento de Bloch tiende a rescatar, incluso después de la Revolución de Octubre, todo aquello que en el hombre siempre se ha visto reprimido, mutilado y humillado. Queda, sin embargo, el conocido “principio esperanza” de Bloch, que a pesar de que no se inserte en una tradición teológica o psicológica pone en marcha la importancia del deseo para poder alcanzar el potencial que cada uno puede desarrollar.

El capítulo quinto parte de la entrada del nacionalsocialismo en Alemania y de los problemas que suponen en ese momento las persecuciones raciales. Además, diferentes crisis en algunas naciones europeas provocarán el exilio de muchos intelectuales, principalmente alemanes y judíos. Es el caso de autores como Einstein, Mann, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Erikson, etc. Por ello, la filosofía estadounidense se forjará a raíz de las tradiciones europeas, como son el empirismo inglés, la filosofía escocesa del



sentido común o el idealismo alemán. En concreto, Adorno hace frente a una filosofía de la vieja Europa trasplantada a EE. UU. que se ve favorecida por el neopositivismo.

El siguiente movimiento que hace Bodei aquí nos lleva al “desvelamiento del ser” de Heidegger, a la recuperación de la metafísica como des-velamiento, como apertura del Ser a través del lenguaje, a quien puede comprender al Ser, que es el hombre. La segunda fase de la filosofía heideggeriana hará que el Ser se convierta en el centro de sus meditaciones, mientras que en el “estar” el hombre será solo su “pastor”. No podemos obviar otra perspectiva quizá igual de importante en el texto de Heidegger: el desvelamiento del uso de los recursos de la naturaleza y la aplicación de las técnicas. Ahora es el ser humano el que se vuelve hacia un proyecto que doblega a la naturaleza, como por ejemplo un río que se incorpora a una central nuclear, cuando antes era el hombre el que construía un puente para atravesarlo. Se crea una gran corriente de interdependencia entre el hombre y la naturaleza. Tras ese desvelamiento de la verdad no se encuentra solo la obra del ser humano sino que es el ser el que recuerda al hombre que la naturaleza es un “conjunto de fuerzas calculables”. El riesgo que quiere hacernos ver aquí es ver las técnicas como el único modo de desvelar.

Otro contemporáneo de Heidegger, Wittgenstein, también se dedicará a la importancia del lenguaje y del mundo. Este autor encuadra su pensamiento en una actividad cuya tarea es medir el área del lenguaje signifiante y poder desde ahí clarificar la lógica del pensamiento. Para ello es necesario eliminar expresiones confusas

y sin sentido. Tras un prolongado silencio, Wittgenstein finalmente se apartará de una lógica rígida y exacta que suponga la regla de todas las reglas. Al ser más flexible se abre la posibilidad de adaptarse a los cambios en función de la finalidad que queramos alcanzar. En ocasiones se puede dar cierto margen de incertidumbre, pero sigue habiendo situaciones en las que es necesaria una mayor precisión y esta sí se puede dar desde la lógica.

La filosofía francesa hace acto de presencia aquí a través de dos figuras destacadas del siglo XX: Sartre y Foucault. Poco a poco, Bodei va atravesando nuevas rutas de pensamiento y para ello se aproxima ahora a una faceta de Sartre poco abordada, ya que será quien dé paso a autores como Laing o Bateson, que tras el período de entreguerras se enfrentan a una sociedad que se encamina hacia formas más desgarradoras.

Foucault, al igual que Merleau-Ponty, abordó la cuestión de la corporeidad y de la espacialidad aunque desde una perspectiva casi desconocida. Quizá lo que más representa un punto de inflexión y un cambio destacado es que el trabajo que nos legó este autor es un recorrido inmenso sobre el poder en lugares específicos, como los manicmios, los cuarteles o los hospitales, y que lo ostentan por lo general figuras que, de entrada, normalmente no se asocian al poder.

Es interesante también el papel del autor con el que cierra este capítulo Parfit, que dará pie al inicio de un capítulo y un tema nuevo para recorrer: la metáfora.

El capítulo octavo se inicia con Blumenberg, para quien las metáforas son absolutas, insolubles e irremisibles. Absolutas quiere decir que son como la experiencia de



la vida, cuya metáfora es el viaje. Por ejemplo, Ulises, el héroe que viajó y sufrió mucho y que por eso es ahora capaz de cambiar su peligrosa ruta a través de los obstáculos divinos y humanos que se le presentan. Blumenberg entiende que es importante el cambio de la Edad Moderna, marcada por la aparición del “hombre copernicano”, que marca el final de las seguridades teológicas basadas en el libro por excelencia que es la Biblia. Frente a este autor, para quien se produce una ruptura del pasado para entrar en la modernidad, Gadamer defiende que no hay tal ruptura, que no podemos separarnos de la tradición.

El concepto clave que aquí recupera Bodei siguiendo a Gadamer es la precomprensión, porque nuestra comprensión no es nunca lógicamente pura, neutra e incondicionada. La tradición tiene en este autor un papel muy importante. De ahí que necesitemos rescatar también el concepto de pre-juicio, no en el sentido negativo que le damos hoy en día, sino de ser conscientes de que hemos heredado pre-juicios y pre-comprensión, pre-condicionamientos históricos.

El capítulo noveno arranca con la presencia de Hannah Arendt, a quien le seguirán Habermas y Rawls. Hannah Arendt representa claramente un reto lanzado con valentía al mostrar abiertamente el problema de olvidar la importancia de las tres facultades: pensar, actuar y la del juicio. Más en concreto, el juicio, en este caso político, debe ser un puente entre las otras dos y ha de recuperarse la responsabilidad de asumir una postura. No ser consciente de la urgencia de recuperar estas tres facultades deriva en situaciones tan fatales como la “banalidad del mal”.

El paso a Habermas y a Rawls supone un nuevo giro en la trayectoria que va trazando desde el principio Remo Bodei. En el caso de Habermas nos recuerda el eje central de su pensamiento, su teoría de la acción comunicativa que ejercería una función terapéutica al reconstruir incesantemente el mundo común, salvándolo de los desastres provocados por el crecimiento hipertrófico de la razón instrumental (p. 168).

Por su parte, Rawls abre una nueva vía dentro de la tradición contractual, heredera del derecho natural moderno, y ello se debe a su aportación ante la situación del cambio que han experimentado las sociedades ante el desgaste del Estado social. El llamado “velo de ignorancia” hace ver la cuestión de las desigualdades desde una perspectiva que hará que en lugar de querer erradicarlas se les dé un lugar en el que desempeñen un papel a la hora de distribuir beneficios y cargas. Ese velo que oculta la situación futura haría que se diseñara una sociedad en la que el menos beneficiado recibiera por compensación el máximo de ventajas.

Pero con esta propuesta no queda todo solucionado. Como el propio autor se plantea, este trabajo va más allá, ya que al seguir profundizado surgen al paso otras cuestiones que ofrecen nuevos retos para buscar otras soluciones, como cuando él mismo se plantea cómo lograr que se mantenga en pie una sociedad cuyos individuos son libres e iguales pero que no comparten doctrinas religiosas, filosóficas o morales razonables.

En el décimo y último capítulo, que lleva por título “Mirando hacia adelante”, Remo Bodei retoma a John Rawls, esta vez como punto de partida del capítulo con el que cierra este libro. Frente a Rawls y los



pensadores liberales se hallan los pensadores comunitaristas. Y ambas propuestas son las que sirven de acercamiento a una cuestión que nos queda más cerca: los procesos de globalización. Esta es la reflexión a la que nos invita Bodei ahora: la tensión que se produce entre el movimiento que lleva a esa globalización y el contrario, que tiende hacia una separación tajante, a una fragmentación, a rechazar de plano ser absorbidos en un esquema único para todos. La pregunta que late en el fondo es si es posible ahora, dadas las coordenadas en las que nos movemos, lograr dar forma a una “ética planetaria”. La respuesta para Bodei es clara. Aunque el pensamiento filosófico del pasado parecía haber dado con un terreno común, la “razón”, el pensamiento filosófico moderno se encuentra en una posición alejada, y ha de reconocer que no es tarea fácil dar con esa ética, porque ahora no hay criterio unificador, a pesar de que es posible presentar argumentos nuevos desde una variedad de ópticas. Esto, que debería ser una ventaja, se traduce en realidad en divergencia de opiniones que impiden al fin y al cabo lograr esa buscada unidad.

Siguiendo el título del último capítulo, Remo Bodei mira no solo hacia el pasado, sino también hacia adelante, hacia lo que se está moviendo por delante de nosotros aunque todavía no lo podamos precisar. Para ello nos recuerda la labor de Hans Jonas, quien nos hablaba del “principio de responsabilidad”, que no solo nos afecta a nosotros sino que va más allá y tiene en cuenta también a las generaciones futuras. También aquí tiene cabida el pensamiento filosófico. A pesar de que parece que con el cambio de milenio se ha desplazado el lugar

de la Filosofía, Bodei cierra capítulo y libro con una interesante y bella reflexión. Los interrogantes seguirán apareciendo. Las tradiciones continuarán apareciendo en el horizonte humano y, aunque sean distintos, volverán a tomar forma los debates sobre los límites y los valores. Al fin y al cabo:

pese a los anuncios recurrentes, lo cierto es que la filosofía, como el arte, no está muerta, sino que, por el contrario, revive en cada época porque corresponde a las necesidades de sentido que continuamente –y con frecuencia sin darnos cuenta– se reformulan (p. 190).

El estilo dinámico y concreto de las diferentes formas de pensamiento que han ido surgiendo y entremezclándose invita a la lectura de esta obra. Bodei nos va presentando desde distintos prismas la visión de quienes contribuyeron en una u otra medida a transformar y cambiar el crecimiento y la caída de muchos acontecimientos que posiblemente no se vuelvan a repetir. Igualmente se percibe muy claramente de qué manera las experiencias vividas por estos autores los llevaron a expresar su visión personal.

La originalidad de esta obra se encuentra en un lenguaje claro y accesible, que se aleja también de la visión que se puede tener en un principio de ser un manual de Historia de la Filosofía al uso.

Son muchos los autores que aparecen en estas páginas, y posiblemente el rasgo más destacado es que tanto las distintas áreas de conocimiento a las que pertenecen como el momento histórico en el que vivieron se encuentran de una forma que resulta muy fácil ver como conjunto. Todas y cada una de las partes que componen este libro encajan per-



fectamente unas con las otras sin perder en ningún momento su identidad propia.

En cualquier capítulo el lector puede escoger un autor y un momento histórico que

le hará tener una visión original del pensamiento filosófico del siglo XX y que le puede hacer sentir la necesidad de indagar con más profundidad en estas cuestiones.

